



ORAR CON LOS SALMOS

- LA ORACIÓN DE LA IGLESIA -

© AGPolo
2007

A sunset scene with a bright sun low on the horizon, casting a glow across the sky. The text 'SABER QUE TÚ ME AMAS' is written in a stylized, orange, outlined font across the upper half of the image.

SABER
QUE TÚ ME AMAS

salmo 40



La nota característica de este Salmo es el "preludio" sapiencial que antecede a la acción de gracias por la salud obtenida (vs. 2-4).

El salmista recuerda su penosa enfermedad y la súplica que dirigió al Señor en medio de su dolor.

Al describir sus padecimientos, más que el dolor físico, acentúa el dolor moral que causan la ingratitud, la maledicencia y la hipocresía (vs. 5-11).

El Señor accedió a su súplica, y en esto él reconoce el amor que le ha manifestado (vs. 12-13).

1. CON ISRAEL

Este salmo comienza con una "Bienaventuranza": Dichoso el que cuida del pobre y desvalido...". Y termina con una acción de gracias: "Bendito seas para siempre...". Sin embargo, la situación es dramática.

Escuchamos la queja de un "enfermo" en el último grado de "debilidad". Lo peor de todo, en su situación, es que se siente rodeado de malevolencia: los malvados cuchichean a media voz junto a él, deseando su muerte, multiplicando las palabras mágicas, los sortilegios dotados de cierta eficacia según las civilizaciones primitivas y precientíficas...

La oración final de confianza y acción de gracias alcanza un valor universal: "Señor, ten piedad de mí, porque he pecado contra ti..."

2. CON JESÚS

Es emocionante, descubrir en la boca de Jesús, "citas" explícitas. Jesús citó un versículo de este salmo para explicar a sus amigos la traición de Judas: "Así se cumplió la Escritura que dice: el que come mi pan, levantó contra mí su calcañar" (Juan 13, 18). Efectivamente, Judas, su "amigo", estaba aquella tarde con Jesús a la mesa, y recibió de Él el pan.

3. CON NUESTRO TIEMPO

Nadie puede ocupar nuestro lugar para "actualizar" esta oración. Cada uno, partiendo de su propia situación de vida debe personalizar este salmo. El "enfermo", es obvio, se reconocerá fácilmente. Pero también el "pecador" que se siente prisionero y cercado por sus malos hábitos. En Cuaresma, la Iglesia adopta este sentido, sugiriéndonos como antífona uno de los versículos: "Sáname. Señor, porque pequé contra Ti".



Dichoso el que cuida del pobre y desvalido;
en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor.

El Señor lo guarda y lo conserva en vida,
para que sea dichoso en la tierra,
y no lo entrega a la saña de sus enemigos.



El Señor lo sostendrá en el lecho del dolor,
calmará los dolores de su enfermedad.

Yo dije: "Señor, ten misericordia,
sáname, porque he pecado contra ti".



Mis enemigos me desean lo peor:
"a ver si se muere, y se acaba su apellido".

El que viene a verme habla con fingimiento,
disimula su mala intención,
y, cuando sale afuera, la dice.



Mis adversarios se reúnen a murmurar contra mí,
hacen cálculos siniestros:
"Padece un mal sin remedio,
se acostó para no levantarse".



Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba,
que compartía mi pan,
es el primero en traicionarme.

Pero tú, Señor, apiádate de mí,
haz que pueda levantarme,
para que yo les dé su merecido.

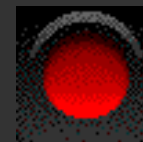


En esto conozco que me amas:
en que mi enemigo no triunfa de mí.

A mí, en cambio, me conservas la salud,
me mantienes siempre en tu presencia.



Bendito el Señor, Dios de Israel,
ahora y por siempre. Amén.




«Dichoso el que cuida del pobre y desvalido; en el día aciago lo pondrá a salvo el Señor».

Gracias, Señor, por el don que has hecho a tu Iglesia en nuestros días: el don de la inquietud por los pobres, de la denuncia de la opresión y la injusticia. Gracias por habernos sacudido y habernos sacado de la conformidad culpable con la desigualdad social.

Tú **siempre escuchaste** la súplica del huérfano y de la viuda y tomaste como hecha a ti cualquier injusticia que se hiciera a ellos. En nuestros días, Señor, son pueblos enteros los que son huérfanos, y sectores enteros de la sociedad los que se encuentran desamparados como viuda sin apoyo y sin ayuda. Sus gritos han llegado hasta ti, y tú, en respuesta, has despertado una conciencia nueva en nosotros para hacernos solidarios con todos los que sufren y hacernos trabajar para acabar con los males que les afligen.

Queremos que este empeño se convierta en la meta de todos nuestros esfuerzos y en la misión de nuestra vida entera.

«Bendito el Señor, Dios de Israel, ahora y por siempre. Amén, amén».



Tú quisiste, Dios nuestro, que tu Hijo Jesucristo experimentara el abandono y la maldición, para que nosotros entráramos en la bendición; ten misericordia de nosotros, sánanos porque hemos pecado contra Ti, y enséñanos a bendecir a quienes nos maldicen, ya que Tú, Señor, nos mantienes en tu presencia, por los siglos de los siglos.